

Libro 2 Capítulo 5: ¿Por qué querría ser otra cosa que una rata? - Druida del Centro (Borrador del Libro 1)

- Libro 2 Capítulo 5: ¿Por qué querría ser otra cosa que una rata? - Druida del Centro
(Borrador del Libro 1)

Libro 2 Capítulo 5: ¿Por qué querría ser otra cosa que una rata? - Druida del Centro (Borrador del Libro 1)

Dantes observó a Lorna y a la extraña criatura verde que ella llamaba Bestia mientras se dirigían a sentarse junto a él. Sus ojos eran oscuros, casi negros, y él encontró que los suyos también se dirigían hacia ellos, como si mirara por un pasaje oscuro en el pozo, percibiendo algo allí que no lograba comprender del todo.

“Dijiste que crees que la Madre te eligió por dos razones. La primera ya la explicaste a Murk, ¿cuál es la segunda?”

“Eres buena para escuchar.”

“Sí.”

Dantes miró a Jacopo, quien todavía bebía agua con osadía, mientras Bestia se encontraba a menos de un pie de él.

“La segunda razón por la que creo que ella me eligió es... porque soy cauto.”

“¿Cauto?”

“Se nota que los druidas están disminuyendo por sus conflictos con las ciudades y por otros problemas. Al convertirme en druid en una ciudad, ella está jugando a salvo. Asegurando que al menos un miembro de la hermandad sobreviva, estando del lado de la ciudad más grande.”

Ella se rió con desdén. “Una mentalidad de pusilánime. La Madre no ‘juega a salvo’, es una de las diosas mayores. Si morimos, será porque somos débiles y ella no nos necesita.”

“Ah, entonces supongo que no crees que deba ser iniciado.”

Ella negó con la cabeza. “Oh no, sí lo creo. La primera razón que mencionaste a Murk me convenció. Bombas, magia, tácticas. La Ciudad Flotante de Chitlan no invade mi pantano de la misma manera que una ciudad en tierra firme podría hacerlo con la naturaleza que la rodea, pero

ya toman más de lo que deberían. La situación empeorará con el tiempo y debo estar preparada.”

Dantes asintió, tomando nota de su convicción. Se preguntó qué estaría dispuesta a intercambiar con él. No estaba seguro de qué podría ofrecerle un pantano, pero mantendría la mente abierta.

Volvió a mirar a Bestia. “¿Puedo preguntar qué clase de criatura es? ¿Un tipo de dragón de pantano?”

“Nunca has visto un caimán antes.”

Él ladeó la cabeza. “Ni siquiera he oído hablar de ellos.”

Ella se arrodilló y le dio un rasguño áspero en las escamas del cuello. Él abrió su boca y cerró los ojos en una clara muestra de satisfacción.

Eso es triste para ti. Son las criaturas más grandiosas de la Madre.”

Él miró la fila de dientes afilados en exhibición y asintió. “Sí, me siento muy privado de ello.”

Con la conversación concluida, se acercó a los gemelos. Descubrió que, aunque Fern estaba a su lado, Ivy no lo estaba y necesitaba algo de convencimiento. Por suerte, a diferencia de Lorna, ella estaba convencida por la idea de que él sería la garantía de la Madre en caso de que la hermandad estuviera a punto de caer. Ambas estaban tentativamente interesadas en la pólvora. La idea de causar estragos con sus aves portando paquetes de bombas parecía convencerlas totalmente.

Finalmente, habló con Fizz, quien regresó al claro con dos ciervos muertos siendo arrastrados por un buey, que se transformó en una figura demasiado pequeña para que Dantes pudiera distinguir, para luego desaparecer en la hierba.

“No te molestes. He estado escuchando todo este tiempo. Bueno, todos hemos estado. Es difícil mantener secretos en un grupo lleno de druidas.”

Dantes sabía eso, pero ya había decidido que no visitarles individualmente podría considerarse una falta de respeto o podría improvisar algún nuevo argumento a su favor en el acto.

—¿Y bien, en qué punto te encuentras hasta ahora?

—Estuve contigo desde el principio, al igual que Thing.

Un pequeño ratón de campo surgió del cabello azul de Fizz, transformándose en un pájaro diminuto para dar una rápida vuelta alrededor de la cabeza de Dantes.

—¿Cómo hace eso? —preguntó Dantes mientras observaba a Thing cambiar de forma.

—De la misma manera en que tú o yo podemos hacerlo. Podemos transformarnos, ¿por qué los animales con los que compartimos alma no podrían?

—No he visto a ninguno de los otros hacerlo —replicó Dantes.

Fizz encogió de hombros. —Todos aprendemos cosas a diferentes ritmos. O a veces, uno de nosotros puede hacer cosas que otros no pueden. Las habilidades drúidicas son instintivas, y tendemos a aprender primero qué poderes se ajustan mejor a nosotros, al igual que nuestros compañeros. —Extendió un dedo para que Thing se posara, lo cual hizo transformándose en un ave, y luego en un lagarto que trepó por su brazo.

—¿Por qué querría ser otra cosa que no sea una rata? —preguntó Jacopo sencillamente.

Dantes se encogió de hombros. —¿Facilita comer o matar algo más grande? —sugirió—. ¿O ser lo suficientemente pequeño para escabullirte a donde antes no cabías? —O volar, quizás. Apostaría a que volar es muy divertido.

Jacopo mordisqueó el borde del cuello de Dantes pensativo. —Hmmm. Aún preferiría ser una rata.

Thing soltó un sonido casi de ahogo, que Dantes reconoció de inmediato como una risa. —Una identidad fuerte. Qué pérdida de tiempo, ¿no?

Dantes se encontró recordando a Syn y a los otros Cambiaformas. Todavía debía encontrar al Magister que la condenó al Foso. Ahora que comenzaba a recuperar su reputación y ya no necesitaba buscar a Gaspard, quizás podría enfocar su atención en esa dirección. De todas formas, debía comenzar a vigilar a Danglars.

—Bueno, agradezco que estés de mi lado.

—Déjame ofrecerte otro consejo.

Dantes levantó una ceja.

—No te preocupes por Murk. Concéntrate en los demás. Convéncelos, y él will seguirán. Es un animal de manada de corazón.

Dantes asintió. Ya no tenía muchas opciones, de todos modos.

La siguiente hora la dedicaron a despiezar y limpiar el ciervo que Fizz había traído, para luego cocinar la mayor parte sobre la hoguera, dejando un buen trozo en crudo para las bestias compañeras de todos. Los Gemelos pasaron un tiempo buscando raíces, bayas y nueces que complementaron la comida. En general, para Dantes fue un plato algo insípido, comparado con lo que había estado comiendo en la Vixen, pero aún muy superior a lo que había comido en el Foso apenas hace un mes.

Mientras dormían después de comer, se oyó un revuelo en la maleza en el borde del claro. Dantes dirigió su atención hacia allí y vio aproximarse dos formas. La más alta, en realidad, era un enano montado en un jabalí gigante. Tenía una barba gris salvaje y vestía un manto raído sobre un traje de viaje muy usado. Sus ojos eran de un verde pálido que captaba la luz del atardecer, y los ojos del jabalí coincidían. El pelaje del jabalí era del mismo color que la barba del enano, tan larga que

por un momento no pudo distinguir dónde terminaba el enano y empezaba el animal.

La segunda figura era una kobold delgada, de color amarillo brillante con manchas negras. Llevaba un mapache negro en el hombro, y tanto ella como ese animal portaban mochilas que emitían leves tintineos al moverse. A medida que se acercaba, Dantes percibió un olor horriblemente dulce que emanaba de ella, que de alguna forma no era opacado por el bullicio de olores que despedían los demás druidas.

¡Carbón! ¡Mor-gan-may! Bienvenido. Comenzaba a preocuparme, dijo Traizen acercándose a ellos.

Carbón bajó de su cerdo y levantó a Traizen por las piernas con un fuerte abrazo de oso.

Mor simplemente asintió con la cabeza, antes de centrar su atención en Dantes.

“Tú. Eres el nuevo.”

Dantes asintió. “Sí. Soy Dantes, mucho gusto.”

Ella lo observó detenidamente, se acercó, y oliendo el aire a su alrededor, pasó la lengua en su dirección. “Mmm, hay una mezcla interesante de ambientes en tu locus. También percibo... un entorno de poca luz profundo, cerca de energías extrañas.”

Dantes levantó una ceja. No había estado en el Pozo desde hacía bastante tiempo, y desde que adquirió la habilidad de bañarse con regularidad, lo había hecho con frecuencia, ayudado por otras manos que le costaban unas pocas monedas de plata. “Tienes sentidos impresionantes.”

“¿Conoces algún veneno nativo en tu locus? ¿O alguna cura?”

Dantes reflexionó. Pensándolo bien, le parecía muy tonto haber pasado por alto las posibles propiedades de venenos y medicinas con sus nuevas habilidades. No le sorprendió que una dríada kobold hubiera enfocado tanta atención en investigar eso, dada su especie.

“Sé que la hoja verde ayuda con las heridas, y creo que la raíz de arrow puede alterar el estómago, pero aparte de eso, no sé mucho. Me sirve un poco de hierba para el dolor, aunque algunos prefieren polvo.”

Su rostro se mostró decepcionado al escucharla. “La hoja verde puede referirse a muchas cosas, igual que la raíz de arrow.”

“Hmm, si estoy iniciado, hablaré con un herbolario y llevaré muestras la próxima vez que todos los druidas sean convocados aquí, para entregárselas.”

Su expresión se iluminó un poco.

“Quizás puedas enseñarme algunas cosas sobre venenos a cambio.”

Su rostro brilló aún más. “Sí, eso sería excelente.” El mapache en su hombro asintió en señal de aprobación.

Poco después, se acercó Carbón, con su cerdo resoplando y gruñendo detrás de él. “¿Y tú serías el maloliente urbano tratando de unirse a nosotros?”

“Si me aceptan.”

“¿Eres bueno en una pelea?”

“Solo cuando peleo con truco.”

“¿Eres leal a tus amigos?”

“Mientras sean amigables.”

“¿Amas las plantas, los animales y toda forma de vida?”

Dantes hizo una pausa. No había pensado mucho en ello antes. De niño, arrojaba pequeños pedazos de pan al agua en los muelles para ver cómo los peces pequeños los lamían desde abajo. De joven, alimentaba y cuidaba a la mascota de la Pura Princesa, un gato blanco de pelo largo que casi había dejado mortalmente a un hombre por pisarlo. Incluso en el pozo, todavía dedicaba tiempo a regar las plantas que encontraba y compartía algo de comida con Jacopo.

“Lo hago,” respondió tras quedarse en silencio unos momentos, hablando con una sinceridad que rara vez mostraba.

Carbón escupió en su mano y la extendió. “Entonces, sería un honor considerarte hermano.”

Dantes escupió en su propia mano y le dio un apretón firme.

Carbón soltó su agarre, dejando a Dantes con la mano que había pasado de gris a negra donde había tocado, y luego miró al claro, con el estómago gruñendo audiblemente.

Por la Madre, dime que alguien ya cazó algo.